

capital y departamentos para redimir del cautiverio demagógico á la Convención, castigando á unos perversos que deshonran y oprimen la más gloriosa y pura de cuantas revoluciones ha conocido la Historia. Sábenlo ellos, sábenlo de sobra; y su propio miedo nos redimirá de su encono. Tengo la seguridad, por lo menos de no hallarse á su merced y arbitrio nuestras libertades nacionales, quienes podrán teñirse de sangre humana en titánico empeñado combate, pero no podrán jamás arredrarse ante un dictador de pega, mantenido por unos catilinarios sin honor y sin vergüenza. La ruina de París, la división de nuestra unidad nacional en territorios federativos, resultado inevitable de todas nuestras desgracias, las guerras civiles inminentes, bien pueden ser colocados en el platillo de la balanza opuesto al que sopesa la muerte y sentencia de Luis XVI. En todo caso, digo que sea cualesquiera el decreto dable por la Convención, tendrá como traidor y perjuro, como enemigo de la patria, como rebelde y faccioso, á todo aquel que no quiera obedecerlo. Pero, si la opinión de consultar al pueblo predomina, y los sediciosos, puestos en constante rebeldía, se levantan de nuevo y con violencias nuevas, el campo y el seguro de nuestra defensa, los veo muy señalados y distintos, el campo y el seguro de nuestra defensa, están en la soberanía nacional.» Tal fuera el discurso de Vergniaud, no tan intencionado y conciso en favor de Luis XVI, próximo á la muerte, como aquel maravilloso que pronunciara contra Luis XVI, cuando este Monarca despidiera por un capricho regio al ministerio girondino, pero no menos abundante de ideas, no menos afluente de palabra, no menos ático de gusto. El efecto producido por aquella elocuencia maravillosa, no pudo ser mayor, pues la Convención, irritada, furiosa, demente, profiriendo gritos á la continua y crispando los puños con las cóleras de un epiléptico en los labios y con las furias de un endemoniado en los ojos, llegó á la quietud completa del éxtasis; domesticada por aquel dios, cuyo acento y palabra, se parecían á los visjos y sublimes cantares órficos, domesticadores de las fieras. Pero las emociones buenas pasan de súbito, cuando no las fortalece un medio ambiente propicio. El único resultado del momento fué tan honroso para la Convención, pero tan infecundo en consecuencias, como las arengas que pudieron pronunciar merced al aquietamiento de la Cámara oradores tan célebres como Fauchet, Brissot, Pétion y otros, apartando de toda idea de venganza el castigo, dividiendo á Luis XVI del Rey por el hombre, pronunciando acentos de libertad y de paz. Pero todo pasó como un sueño y el terror universal volvió á reinar sobre Francia.

No obstante lo persuasivo y alto de tamaña elocuencia, el proceso real se reanuda, y se reanuda con la complicidad completa de los girondinos, mostrando así la confusión que dominaba en el espíritu de tales desastrados estadistas. Barbaroux en persona lo reclamó, pidiendo que Luis XVI fuera encausado. «¡Encausado, no!» exclamó el montañés Charlier; perseguido y acusado. Mas, al menos, exclama un diputado de la derecha, es preciso que, antes de todo, sea oído. Saint-André añade: Luis Capeto ha sido juzgado el 10 de Agosto.

Reanudar este juicio y ponerlo en consejo, equivale á procesar la revolución y á declarar-nos los convencionales rebeldes. La idea de Saint-André fué desde los comienzos de tal problema la idea matriz, en que Robespierre vaciaba todos sus discursos. Y uno de estos discursos, amplificado y rehecho, repitió el supremo jacobino con ocasión de las anteriores palabras. Una de las razones más aducidas por los partidarios del regio proceso era que, allá, en los antros de París, correspondiendo con las conjuraciones urdidas por los emigrados allende las fronteras, existía un perdurable complot encaminado á robar la persona del Monarca, y conducirla desde las torres del Temple á los campamentos del irruptor. Con efecto, no todos los realistas emigraron; muchos permanecieron en París. Y los restantes en París, muy separados unos de otros, por temor á las mútuas delaciones, subseguidas de crueles matanzas, reuníanse sin previa consigna, ni previo conocimiento, ni menos previo acuerdo, en torno del regio calabozo, atisbando la ocasión de acorrer al cautivo y rescatarle por fuerza y por violencia del triste cautiverio. Este indeliberado movimiento de la fidelidad, iba poco á poco poblando las cercanías del Temple con innumerables realistas, los cuales, en cuanto veían al rey y á su familia paseándose por los húmedos patios de aquella prisión, entonaban como á la descuidada, los aires monárquicos más aceptos á las orejas de una perseguida y cautivada realeza. Semejantes manifestaciones debían llegar forzosamente á cualquier acuerdo entre aquellos fieles de la iglesia monárquica, y este acuerdo mútuo debía producir mil tentativas de temerario salvamento. Difícil á la Historia y á las indagaciones históricas conocer maniobras tan secretas, siempre ocultas; por el miedo y la muerte. Pero ciertos apuntes de un empleado municipal, conocidos con el título de *Algunos recuerdos*, atestiguan la existencia de una gran maniobra en Diciembre del 92, para violentamente redimir al Monarca y llevárselo allende las fronteras. Mucho al Rey repugnaba la fuga, no obstante los peligros que le circuían y las amenazas que lo abrumaban. Desde su triste célebre aventura, desde su regreso del nefasto Varennes, Luis no quedó con ánimo de volver á empresas semejantes, muy repulsivas á su temperamento de incommovible inercia. Y á esta inercia del rey, se juntaba la confianza optimista del resto de la dinastía, en una inevitable redención. Sabían los esfuerzos empleados por los montañeses para montar la máquina del proceso; llegaban á su noticia las arengas parecidas á centellas tonantes fulminadas por los revolucionarios sobre la corona y la cabeza del rey; las agitaciones del club y del ayuntamiento y del Congreso, transcendían al seno de los calabozos y traspasaban sus fuertes murallones; sin embargo la reina, la más pesimista de todos aquellos príncipes, aseguraba su ciega confianzn en que los monarcas, parientes y deudos y afines y colegas suyos, no podían tolerar aquel atentado, resueltos al arresto de hallarse dentro de París con sus tropas antes de que pudiera cometerse. Cuando Luis salía del Temple al Congreso y tornaba del Congreso al Temple, toda la gnarnición de París y sus alrededores, se ponía sobre las armas y en pie

de guerra. No hubo cortejo, es decir, no hubo procesión de aquellas que comunicaban el Temple con el Parlamento, por la presencia en este último del Rey, sin que las tropas republicanas se pusieran en armas. Y no hubo movimiento ninguno de estas tropas, sin que los realistas intentasen, magüer los obstáculos por ellas opuestos á cualquier intontona, burlar sus bayonetas y redimir al Rey. El barón Batz lo hizo así en una de tales ocasiones ayudado por su secretario Devaux. Y lo hizo así, contando, no solamente con este secretario, contando con otros muchos adictos. Como el rey, para ir desde su torre á la Convención, atravesaba los boulevares, todas las calles á los boulevares vecinas quedaban por completo desiertas. Pues bien, Batz se colocó en una lateral del Boulevard Connenouvelle y advirtiendo que llegaba la carroza, donde iba el Rey conducido al Congreso, hacia la puerta de San Dionisio; y con su ya recordado secretario y dos jóvenes amigos se arriesgó al increíble intento. Mas la multitud debía ser tan por extremo numerosa en aquel sitio y la curiosidad por ver la persona del Rey cautivo tan intensa en todos, que dieron los conjurados sus voces, trataron de acercarse y aun se acercaron á la carroza; y cuatro sablazos de varios agentes públicos los dispersaron, sin que á mayores pasaran y sin que nadie les hiciese caso, ni les prestase atención.

Los realistas se dividían en dos clases; la de aquellos emigrados á tierra extraña; la de aquellos habitantes de la nación todavía, por imposibilidad completa de salir y emigrar. Los primeros conspiraban á una con los Reyes extraños, á favor de las irrupciones monárquicas en Francia y de los hermanos del Rey, viendo en éstos una más genuina representación de la vieja legitimidad y del histórico trono que en los cautivos del Temple, un tanto aquejados de oxidación revolucionaria para el fanatismo y la intransigencia de los exagerados; mientras los segundos, especialmente los de París, adolorados y enternecidos por las desgracias y los dolores aglomerados en el regio cautiverio, trataban de concluirlo y de mandar los Reyes allende las fronteras, aunque fuese por un arresto arriesgadísimo, si no les era posible reaizarlo con disimulo y en secreto, por fugas y raptos misteriosos. Recientes investigaciones sobre los muy estudiados anales de la época revolucionaria ponen tales conjuraciones en claro, y en circulación los nombres de tan leales realistas, cuya fertilidad de imaginación raya en exceso delirante, y cuyas maniobras diarias para salvar al Rey en fabulosas, fantásticas, inverosímiles novelas. El caballero Jarjayes, conspirador parisién eterno á favor del Monarca, parece la figura de más relieve y bulto entre los temerarios conjurados. Militar, y con el culto al ejército connatural á su oficio; caballero, y con la caballerosidad nativa en los fantaseadores ó andantes; casado con azafata de la Reina, por quien adquirió de Antonieta grande amistad y confianza; director adjunto en el depósito de la Guerra poco antes del desboque de la revolución; enviado á embajadas secretas, verdaderas conjuras, entre los Reyes alemanes y los príncipes conjurados contra la revolución; tercero en las negociaciones urdidas con los Monarcas por Barnave, á las

cuales negociaciones no pudo dar cima por el grande odio que sentía la corte al espíritu liberal; compañero, siempre que se lo permitieron sus esbirros, en sus trances, de la dinastía; cuando pasaron los monarcas del trono al Temple, Jarjayes removió todas cuantas piedras pudo, é hizo esfuerzos no imaginables para cambiar el cautiverio de la dinastía en destierro, que le permitiese volver, conducida por las tropas extranjeras, al trono de sus abuelos. No pueden hoy leerse los billetes cifrados y con supuestos fingidos nombres llenos, para fomentar la conjura sin grande admiración, por la sabiduría que mostraban en el arte de conspirar, tan peligroso entonces entre aquellos revolucionarios. La Reina es en los billetes conocida con el nombre de Rojana; el héroe se llama Lucio; este auxiliar secreto responde al apellido de Marcino; aquel auxiliar, á otro apellido más extraño; la mujer de Jarjayes dícese allí Fátima; y todo toma en estos papeles tal aire de misterio que os creeríais, leyéndolos, caídos desde las arideces del relato histórico en las incidencias y enredos varios de un drama español. Jarjayes tenía por tal modo la confianza de Luis y Antonieta, que Madame Campan puso en sus manos los papeles más interesantes de la familia real en la hora suprema de partirse para siempre del Palacio y entregarse al Parlamento. Así, fué asociado el nueve de Agosto al estudio de la defensa intentada por los palaciegos para conjurar las furias del pueblo. Y tal estudio le sugirió la idea, dicha por él con anticipación verdadera, como un agorero aviso, muy digno de tomarse en cuenta, que no había medio de conjurar la derrota y de salvar el trono. Mas la desgracia nunca desconcertó á la lealtad. Jarjayes acompañó á la dinastía en toda su calle de amargura; estuvo á su lado en el naufragio; bajó los regios escalones de las Tullerías por última vez, cuando los reyes aquellos escalones, á los cuales debían reemplazar los horribles del Temple y los más horribles del cadalso; entró en el Congreso al lado del Rey, sin descomponerse bajo las amenazas, ni amedrentarse á los peligros; juró quedar en París, aunque muchas amistades le tentaban á la emigración; y, ya en París, consagrarse, acompañado de su mujer y de sus amigos, al inmediato salvamento de los Reyes, siquier le costara tal esfuerzo la libertad y la vida. Mas, las dificultades y los obstáculos opuestos al cumplimiento de sus planes crecieron tanto, que ya estaba en vías de abandonar la partida, cuando se le presentó un personaje misterioso y le hizo una revelación importantísima; personaje y revelación, de quienes provinieron sus nuevas temerarias maniobras. Este personaje se llamaba Toulan, cuyo nombre ya hemos conocido en otras páginas de nuestra Historia, comunero exaltadísimo; de ideas exageradas, como todos los comuneros parisienses; y que, puesto por la comunidad en el triste destino de la custodia y vigilancia del Rey, se apasionó por tal modo de la regia suerte, que, sin dejar un punto sus ideas, hizo cuanto estuvo en su mano para, en esforzadas maniobras, producto de sabias conjuras, rescatar aquellos ilustres cautivos y acabar con aquel regio cautiverio.

No creo huelgue contemplar un poco á Toulan, cuando representa interesantísimo

papel en las trágicas maniobras, encaminadas al salvamento de los reyes, las cuales maniobras no dieron de sí otro resultado que acelerar y precipitar el acabamiento y término de la vieja Monarquía francesa. Nacido en Tolosa, las ideas y las pasiones de tal hombre, adolecían del fuego meridional, que circulaba por sus venas. Movido del gran motor, por los ardores del alma, semejantes á los ardores del clima, Toulan deseó amplio espacio á sus ensueños ambiciosos y se trasladó desde su ciudad natal á París, donde puso un modesto trato, consistente en vender libros de amena lectura, con papeles de popular música. En este comercio, no sólo se granjeó aquellas comodidades domésticas que le permitieran vivir con desahogo, se granjeó cultura verdaderamente notable para fortificación de su ánimo y esclarecimiento de su inteligencia. Estas lecturas le inspiraron sus ideas avanzadísimas; y estas ideas avanzadísimas, jamás corrompieron su pecho, tan enamorado de luminosas idealidades, como enemigo de toda demagogia. Con tal posición y tal estado de ánimo y espíritu, bien pronto se abrió paso de jefe popular en las secciones municipales parisienses; y desde tales secciones, bien pronto subió al gran centro de todas ellas, á la Comunidad revolucionaria. Ignoro si asistió al asalto de la Bastilla, pero sé que asistió al asedio de las Tullerías. Los vuelos de su imaginación meridional se juntaban en sus facultades psíquicas con la exactitud matemática del reciocinio; la finura y la delicadeza de su compleción moral uo excluían en su ánimo un valor fronterizo de la temeridad. Entre todas sus cualidades, ninguna como el disimulo que le permitía ocultar las tristezas bajo máscaras de bromas y engañar sobre sus íntimas convicciones á sus más íntimos confidentes. Mas como nadie le había sorprendido, ni una mala idea, ni una mala obra; todos estimaban aquel carácter expansivo, que prendía sus víctimas con extraordinaria facilidad en los múltiples señuelos ocultos tras su franqueza, la cual aparecía límpida y era profunda. Muy conocedor del triste abolengo de la Monarquía, muy amante de la nueva idealidad republicana; sus colegas los comuneros le confiaron las comisiones más difíciles; y entre las más difíciles, resaltaba la vigilancia del Temple y la custodia del Rey. Toulan entró en estos cargos con odio á los soberanos; pero, al verlos tan desgraciados, sin dejar de sentir los mismos afectos, ni de profesar las mismas ideas de siempre, tomó una intensa compasión por sus grandes infortunios; y republicano de política, juzgó podía ser sin mengua ni detrimento de su republicanismo, humano y compasiivo con la desgracia. ¿Cómo se obró esta metamorfosis milagrosa? Para que todo á romántico huela en este movimiento revolucionario, Toulan se conmovió en las visitas con grande conmoción á favor de Antonieta. Esta compasión, muy propia de su natural sensible y tierno, es atribuída por las malicias históricas, al exaltado amor que le inspiró, desde los primeros momentos de su entrevista, la infeliz austriaca. Mas el comunero pertenecía de suyo á esos hombres, duchos en distinguir los afectos y los objetos análogos, por lo cual se permitía compadecer al Rey sin traicionar la República y servir á la Reina, sin come-

ter infidelidad alguna, ni con el pensamiento, ni con el deseo, á su propia querida esposa. Treinta y siete años por Diciembre del noventa y dos contaba poco más ó menos Antonieta; y aunque las canas, las arrugas, los surcos de sus lágrimas, los estremecimientos de su corazón, disminuyéronla mucho en belleza, no le quitaron, ni en los más terribles tiempos, su gran seducción y su incomparable gracia. Pero Toulan, que había sentido un verdadero culto por la mártir, no había sentido tentación alguna por la hembra, favoreciéndola y amparándola con verdadero desistimiento de todo propósito ajeno á la casta satisfacción de su ardorosa ciudad, creyendo que, tras las pruebas pasadas por los reyes en su largo combate con la revolución, tras las desdichas del regreso de Varennes, tras el asalto de las Tullerías; tras las coronas de espinas, en sus sienes colocadas por los parlamentos y por los clubs; tras su calle de amargura entre la terrible Legislativa y los calabozos del Temple; tras la cautividad dentro de tamaña feudal torre; los reyes habían escarmentado, en términos, que se resignarían á una vida serena en extraño suelo, sin soñar con la restauración imposible de sus anacrónicos privilegios y de sus extirpadas prerrogativas. Como nadie, distinguía este hombre de bien sus deberes con la política de sus deberes con la humanidad. Y al distinguirlos, quería salvar y redimir á la mujer, creyendo que así destronaba mejor á la Reina.

Sin embargo, erraba el comunero, al creer que se podía distinguir con tanta facilidad entre las personalidades privadas y las personalidades oficiales ó públicas de los Reyes. Salvar á Luis XVI y á María Antonieta, no era salvar á un matrimonio particularísimo, cuya vida sólo importa y trasciende á su familia y á su hogar. Del Rey, en Francia cautivo, al Rey, en la frontera combatiente, mediaba una inmensa distancia, muy estimable por los obligados á defender patria, libertad y república. La mayor prueba de que los pretextos, por Toulan tomados para defender á los Monarcas sin daño de la República, no tenían fundamento alguno, se halla en que tales temerarios deseos aceleraron la catástrofe de sus protegidos y dieron el pie, que buscaban los montañeses y los jacobinos, para determinar un caso tan grave, como el caso de la regia capital sentencia. Verdad que las cábalas de Toulan guardaron el secreto con tanto arte y sus disimulos adquirieron una destreza tan magistral, que nadie llegó á penetrarlos, pero dice bien el refrán castellano, cuando dice «no la hagas y no la temas». Nadie supo la conjura, con tal habilidad urdida por el caritativo comunero; pero se respiraba en el aire la sospecha de que los realistas no desistían del proyecto de raptó; y tales sospechas determinaban el ánimo de los convencionales á intentar proseguir y obtener el desastrado proceso. Parece imposible; pero, allí, donde las paredes oían, llamaban los Reyes al buen municipal Fidel, sin que nadie descifrara el enigma de tal nombre. Y este Fidel había tomado tales trazas intrincadísimas, que los Reyes conocían gran parte de los sucesos exteriores, cuyo conocimiento les vedaba la Comunidad revolucionaria, por la industria de aquel republicano, perro fiel en-